

El Tío del Gabán, en cada bolsillo le cabe un pan

por Miguel Ángel Moleón Viana

Cuentecillo intrascendente dedicado a cuantas lagartijas torturé a lo largo de mi infancia (que no fueron pocas), y al entrañable J.M. Baena Anquela, ermitaño sabio (tanto o más que el mismísimo Simeón, el Estilita), albañil-zen que, durante el día, indaga los secretos de la Tierra, a golpe de marro, y, de noche, escruta los arcanos de los cielos y los ángulos del futuro grabados en las estrellas.

Corriamos y saltábamos como salvajes, exentos de las leyes de la gravedad. Pateábamos gatos, oh sí, y atábamos latas al rabo de los perros. Qué bello verles correr calle abajo, aullando lastimeros como almas que lleva el diablo de las latas. Cualquiera que hubiese entrado en nuestro territorio, el barrio, se habría espantado ante nuestro aspecto de feroces vikingos. Por aquellos días, la pandilla al pleno parecíamos los cuñados de Atila, los sobrinos apócrifos de Erick el Rojo. Brincábamos como posesos, en lugar de sumergirnos en el estudio de la aritmética y las ciencias sociales. Íbamos repartiéndole mandobles con nuestras hachas, espadas y mazas de madera y gomaespuma. Simulando tropezar por accidente, éramos expertos en hacer volar las cartas al cartero, los patronos a las modistillas, el soplete al fontanero. Éramos el azote de los últimos gremios que en la ciudad fueron, antes del desembarco fatal de las grandes superficies comerciales. Nuestro estado natural era el de la fuga, corriamos veloces bajo el dulce son de las maldiciones de aquellos obreros atropellados. ¡Qué tiempos más deliciosos! ¡Larga vida a los filibusteros

tiros de nuestra infancia, aquellas dianas vivas que sucumbieron, con valentía mitológica, ante las afiladas puntas de nuestros temibles hincapuestas!

Con cuánta añoranza recuerdo cómo solíamos apedrear el balcón antiguo, paquidérmico, de la casa medio en ruinas dentro de la cual vivía aquella mujer anciana, fósil sin duda de doscientos o más años. La Vieja Tomate, solíamos llamarla, puesto que su rostro aparecía encendido en rojo escandaloso de indignación, incluso cuando no la zizañábamos. Apedreábamos a menudo su balcón, porque los vikingos, aun en tiempos de paz, han de adiestrar su brazo ante la eventualidad de una intervención rápida sobre feudos enemigos. También es cierto que la buena señora, la Vieja Tomate, sin que en nuestro ánimo se hallara atisbo de intenciones feroces, la vieja, digo, nos provocaba. Apenas nos poníamos a jugar a la pelota, ella salía hecha un auténtico basilisco, e intentaba alejarnos del territorio a golpe de jarrazos de agua (prefiero pensar que aquello que escanciaba sobre nosotros era agua, y no hablemos más del asunto).

Sin embargo, nada de las referidas lindizas a las que nos dedicábamos en aquellos días salvajes recuerdo con tanta intensidad como lo que vino a sucederme cierto sábado en la sobremesa.

Nada atesora con tanta nitidez mi memoria como la imagen insólita de aquel hombre que todas las tardes cruzaba la placeta, dando espasmódicos pasos, dentro de un inmenso gabán de gruesa espiquilla (ese tejido que odiaré toda mi vida: mamá me obligaba a vestir unos despreciables pantalones confeccionados con ese pica pica de los sastres, el mismo que me producía unas urticarias insoportables.

sabañones, para befa, mofa, burla y escarnio del resto de la pandilla).

Bautizamos aquel personaje con el apodo de «el Tío del Gabán» (lo pronunciábamos tal y como lo escribo, con mayúsculas, porque nos impresionaba sobremanera, vaya que sí). El Tío del Gabán, a quien en cada bolsillo le cabe un pan. Le contemplábamos, en silencio tenso, cruzar la placetilla, casi levitando sobre el empedrado, como flotaría el holandés errante, o el espectro sin cabeza de los cuentos de Washington Irving. Describía una trayectoria que se pretendía discreta y, sin embargo, la pandilla al pleno le observábamos sintiéndonos un poco como las gacelas de Thomson cuando ven pasar junto a ellas las sombras de los guepardos, o cuando oyen las risitas de las hienas. Él caminaba ni muy rápido, ni muy lento, con la mirada fija en el suelo, con la caspa sobre los hombros y un aire saturnino que le convertía en una especie de sobrecogedora criatura de plomo.

—Cuidaos del Tío del Gabán—decía todo misterioso Mario, el más listillo de la panda, y lo hacía utilizando el mismo tono de un juez que sentencia. A nosotros se nos erizaba el pelo del cerviguiello. El resto de la tarde la pasábamos con aquel erizo inquietante en el cogote, la respiración cortada, el corazón tan embebido que hubiera entrado fácilmente en un dedal.

—Cuidaos de él, porque dicen que guarda en los cajones de su alcoba un cuchillo... ¡así de grande...!—decía Mario señalando con las manos el tamaño descomunal del utensilio siniestro—, un cuchillo que sabe usar diestramente con los niños víctimas de sus triquiñuelas.

El golpe de efecto final lo dio Mario el día en que anar



asuntos. Con todo el misterio del mundo, refugiados en un portal, Mario nos mostró el reportaje, y la fotografía en la que se apreciaba a un individuo que vestía un gabán como el del tipo que cruzaba todas las tardes la placetilla. Se le achacaban horrendos crímenes. Se apreciaba el cuchillo carnicero con el que realizaba sus macabras hazañas. Y, aunque al tipo, en las fotos de la prensa, en realidad no se le veía muy bien la cara, todos creímos las palabras de Mario. Y para nosotros quedó como muy claro qué monstruo escondía el Tío del Gabán tras su indefenso aspecto.

—Pero, Mario... si aquí dice que este criminal ha sido apresado por la policía y que se halla en prisión... ¿Cómo va a ser el Tío del Gabán? —preguntó Padilla, el menos despabilado de entre nosotros.

Mario arrancó el recorte de periódico de las manos de Padilla y con su acostumbrada altanería contestó:

—Eres más tonto que escupir para arriba... ¿Qué cómo va a ser el Tío del Gabán? Pues bien fácil... ¡Porque ya le han echado de la cárcel!

Todos creímos a pies juntillas a Mario. Y dimos un coscorrón al pobre de Padilla, a quien solíamos dar pescozones de oficio, aunque no hubiera metido la pata de nin-

gún modo. Porque coscorronear a Padilla era otro de nuestros deportes preferidos.

En nuestros imaginarios particulares quedó grabada, sin duda alguna, la existencia entre nosotros de aquel individuo cuya figura coincidía, en nuestro ánimo y mitología, con el temible Tío del Saco. El Mantequero. El viscoso Hombre de los Caramelos. ¡Un monstruo en el barrio! ¡Era tremendo!

Y he aquí que, cierto sábado, en la sobremesa, los integrantes de la pandilla no bajaron a realizar los rigurosos entrenamientos que, como vikingos, nos correspondían. En *Primera Sesión*, por la tele, pasaban una película de la Luna (así calificábamos todas las películas que incluyeran aventuras en el espacio). Nadie habría querido perdersela. Así que allí me encontraba yo, sentado a solas en el poyete de piedra, cavilando acerca de qué cosa podría hacer un vikingo al que ha abandonado el resto de la horda. Cuando, para mi espanto, contemplé cómo aparecía la silueta inconfundible del Tío del Gabán. Al recordar aquel instante se me disparan los latidos. Sentí unas intensísimas ganas de huir. Pero sólo el corazón parecía estar dispuesto a moverse hacia alguna parte. Porque el cuerpo se me había muerto de repente, convir-

tiéndose en una figura de cera y espanto. Tuve suerte, o quizá mi disfraz de piedra le despistó. El caso es que el siniestro individuo cruzó la placeta como siempre: mirada por los suelos, aspecto saturnino. Sin reparar en mi presencia, un paso espasmódico detrás del otro, hasta perderse por la esquina contraria.

Entonces, ya digo que se me dispara el corazón al recordarlo, decidí, dichosos quienes desconocen los peligros de las cosas, decidí, en un arrebato imprudente, seguir al Tío del Gabán allá donde quiera que fuera. Y así lo hice. Salté ágilmente del poyete. Y corrí todo cuanto pude para dar alcance visual a mi presa. Corrí del modo más silencioso que pude, aplicando mis conocimientos adquiridos en las prácticas apaches, tan útiles para el acecho.

Detrás suyo, como una sombra escurridiza, fui cruzando calles, plazas, paseos, sorteando soportales y adentrándome, a veces, en peligrosísimas galerías comerciales, entre cuyos laberintos de cristal bien podía haberse agazapado el Tío del Gabán, y convertir a su perseguidor, es decir a mí, en pieza capturada. Así, con una tenacidad que no había conocido en mis 12 años de existencia, perseguí al monstruo, hasta desembocar en las avenidas más amplias de la ciudad. Hasta que las casas fueron espaciándose y el rugido del tráfico acallándose: llegábamos a los parques de invierno. Su silueta se fue introduciendo, fauno terrible, entre los parterres, las fuentes conmemorativas, el edificio de la Biblioteca Pública... Iba emboscándose mientras a mí me temblaban las rodillas, que se entrechocaban escandalosamente. Algo más tarde alcanzamos el quiosco de la música, donde los domingos la orquesta municipal interpretaba festivos conciertos... ¿Daría el Tío del Gabán vuelta sobre sus pasos, emboscado entre los plátanos y los castaños de Indias, para sorprenderme? ¿Hallarían los músicos, espantados, la mañana de ese domingo siguiente, mi cadáver entre los soportes de sus partituras?

Con la espalda contra uno de los troncos gigantes, me quedé un segundo tan quieto como pude, y comencé a pensar que la mía no había sido una idea excesivamente brillante, ni oportuna, ni siquiera había sido una idea.

NIVIO LÓPEZ VIGIL

De nuevo vi cómo el monstruo aparecía, allá al fondo, en lo más profundo de la selva que formaba el parque descuidado y romántico. Le contemplé cruzar cerca de un rincón umbrío, bien alejado de la vista impertinente de cualquier paseante. Ahora me espanto con sólo pensar de qué fui capaz: me puse a gatas, me oculté tras un seto, y de aquel modo me deslicé hacia el rincón donde se hallaba el Tío del Gabán. A tan sólo unos metros de él, ahora camuflado bajo una alfombra de hojas secas, le espíe mientras escrutaba con detenimiento el suelo de tierra que pisaba... ¿Acaso es cierto que el criminal siempre vuelve al lugar de los hechos? ¿Habría enterrado a alguna de sus víctimas en aquel rincón?

Lo cierto es que, al poco, comenzó a despejar la zona escogida barriendo las hojas secas con el zapato. Luego comprobé que poseía una fuerza descomunal cuando se agachó, abrazó un tronco gordísimo que yacía allí mismo derrumbado y lo apartó del lugar, como si retirara una nube de algodón. ¿Qué no haría sobre mi cuello, con aquella fuerza tremebunda, si me sorprendía espiándole? Acto seguido, tras secarse el sudor del cuello, volvió a reclinarsse para comenzar a tirar de algo que parecía fuertemente ajustado a la tierra.

En ese momento, levantándose airadamente, extrajo un objeto alargado de los bolsillos del gabán, algo cuyo brillo metálico hizo que me estremeciera en mi escondrijo. ¿Me había descubierto e iba a pasar, acto seguido, a dar buena cuenta de mis huesecillos?

Tan inmensas parecían, y eran, sus espaldas desde el lugar en que yo le contemplaba, que, cual armario empotrado, me ocultaban la macabra faena que se lanzó a realizar con contundencia y saña.

¿Qué bicho me picó? ¿Qué estúpido impulso me hizo reaccionar tal y como reaccioné? El corazón indignado me comenzó a palpar, golpeándome el pecho de Luchador del Sián que siempre me condujo valerosamente en mis batallas de vikingo. ¿Influyó en mí la certidumbre de que si protagonizaba alguna acción contra aquel energúmeno podría acceder al puesto de jefe de la pandilla?

Increíble, ¿verdad? Pues decidí, ni más ni menos, que plantarle cara al apareci-

do aquel. Sorprenderle en plena faena, enterrando o desenterrando alguna de sus víctimas. Iba a caérsele el pelo cuando le dijera, en mitad de su innombrable fechoría: ¡Eh, tú! Pero ¿qué te crees que haces?

Desenfundé mi tirachinas. Iba a necesitarlo. No sólo le sorprendería. También tendría que reducirle. Y entregarle a la policía. Igual hasta me nombraban inspector y ya no tenía que ir más al colegio. Abandonaría las batallitas con la pandilla, pues en realidad no eran más que cosas de mocosos sin domar.

Todo aquello se me cruzó por el pensamiento en décimas de segundo, mientras, con decisión, surgí de los setos empuñando el tirachinas.

—¿Qué hace usted ahí? —pregunté con gallos en la voz, pero no de los de pelea precisamente.

El monstruo dio un salto en redondo. Me miró con la cara un tanto descompuesta y la mirada desencajada. Espantado ante el Tío del Gabán, que acto seguido pasaría a destrozarme tan sólo con articular un meñique, y sorprendido ante mi propia intrepidez, comencé a jadear contemplando, ahora con completa y absoluta claridad, cuál era el negocio que se traía entre manos. A sus pies pude contemplar, no el cadáver insepulto de una víctima desdichada, sino una gran alcantarilla, por lo menos del siglo XIX, con su enorme boca robada y abierta. Junto a ella, la tapadera que tanto se había afanado el energúmeno en retirar. El Tío del Gabán no blandía un cruento cuchillo, sino, antes bien, un elegante catalejo, de nácar azabache y bronce pulidísimo, desplegado por completo.

—¿Que qué hago, mocoso? ¿Que qué hago? —contestó al reponerse del sobresalto—. Pues ¡míralo tú mismo, cotorro curioso y metomentodo! —espetó y me ofreció el catalejo—. ¡Tan sólo miro a través del ojo abismático y profundo de esta alcantarilla! ¡Un túnel, un taladro larguísimo que se pierde en las entrañas de la Tierra, que alcanza su centro y... ¡y llega al otro lado! ¡Compruébalo tú mismo! —me gritó, cogiéndome del cuello con una manaza como la de Kin Kong, para colocarme el catalejo en el ojo, y obligarme a enfocar hacia el centro de la Tierra.

Por un instante pensé que era el final.

Que no sería un asesino de los que usan cuchillo, sino que su modalidad consistía en usar el truco de los catalejos para arrojar, a los tontos como yo, al ojo oscuro de la macabra alcantarilla.

—¡Fíjate con atención! —añadió—. ¡Fíjate en qué se ve al otro lado del túnel! ¡Vas a distinguir un diminuto círculo luminoso, muy al fondo! ¡Ese agujerito se abre sobre la superficie de China! Ni más ni menos...

Apabullado, sobrevolando un metro sobre el suelo, enfoqué aquello cuanto pude. Y, en efecto, distinguí, muy al final de la negritud, un punto luminoso. Y, en su centro..., créanme lo que les digo, divisé la silueta de un chino, sí un chino, han leído bien, un oriental que, con otro catalejo, me enfocaba, a su vez, desde las antípodas. Incluso creo que le vi... ¿realizándome un vago saludo con los brazos?

Entonces noté que me caía. El Tío del Gabán acababa de soltarme, y caí a plomo contra el suelo. Se me resiente la rabadilla cuando rememoro el episodio. Miré al Tío del Gabán, sumido en un estado de desconcierto absoluto.

—¿Contento, cotilla? —me preguntó y me arrebató de entre las manos, sin misericordia, el catalejo.

Salí corriendo. Crucé tres barrios sin mirar atrás. ¿Quién iba a creerse lo que me había sucedido? Corrí hasta que me dolió el costado y me derrumbé en el territorio seguro del barrio. En la placetilla la pandilla ya desplegaba uno de sus gloriosos bombardeos contra la Vieja Tomate. Mayormente por disimular, me uní a la artillería y en toda la tarde no dije ni pío acerca de la experiencia.

Ni en toda la tarde ni en ninguna de las que vendrían después.

En realidad nunca había contado nada de esto a nadie. Nunca, y no sé a qué viene que se lo cuente a ustedes.

Preferí, como nadie iba a creerme, preferí seguir siendo uno más de la pandilla a que me tomaran por el idiota del barrio. Una cosa era no haberme convertido en el jefe de los vikingos. Y otra, muy distinta, pasar a ser el tontorrón del grupo, quitarle su puesto al Padilla vamos. Y que en adelante todos, incluido el pecoso Padilla, se dedicaran a reírse de mí y a darme coscorriones de oficio.

Hasta ahí podíamos llegar.

Hasta aquí llega mi historia.